

## Sábado III del Tiempo Ordinario Ciclo B



27 de enero de 2024

2Sam 12, 1-7.10-17

Sal 50

Mc 4, 25-41

*P. Eduardo Suanzes, msp*

Jesús propone ir a la otra orilla, al otro lado, es decir, fuera de Israel, a tierras no-judías. Tal propuesta es conflictiva, pues implica muchas renunciadas egoístas; y es arriesgada, pues supone abrirse al amor en un medio que puede reaccionar con hostilidad, como así sucedió con las persecuciones que sufrieron los cristianos, y, en concreto, la comunidad de Marcos. Marcos nos habla en este pasaje de la tormenta de cómo seguir a Jesús y a qué Jesús seguir.

Llega la noche pero hay que navegar. Y navegar hacia tierra pagana, lejos de la seguridad del familiar ámbito israelita. Marcos utiliza muchas veces «al anochecer» para expresar peligro, dificultad, soledad.

Pero quienes huyen de la entrega amorosa a todos, van camino del fracaso. El único camino auténtico es asumir el riesgo del amor dado, aunque cueste mucho admitirlo-vivirlo. La borrasca es el símbolo de las pruebas-dramas-dificultades que se presentan en la travesía del mar de la vida. ¿Qué hacer ante ellas? ¿A quién acudir? La respuesta dependerá mucho de la visión que se tenga de Dios y de Jesús.

Los discípulos tienen a Jesús dormido en la popa, es decir, en la parte de atrás, en el pasado.

Cuando Marcos escribe (finales de los años 60) Jesús de Nazaret ya no está. Los cristianos proclaman al Cristo, a Jesús ya resucitado, plenificado por Dios a su diestra. Parece que algunas iglesias se centraron sólo en el Cristo resucitado en el cielo, olvidando al comprometedor Jesús terreno que anduvo el camino arriesgado. Hoy decimos, vivir *solo* a un Jesús en los ritos y oraciones si verlo en nuestro hermano.

Porque *ver sólo* al Cristo divino es como negar al Jesús hombre real, histórico y personal, y convertirlo en alguien alejado-separado en su trascendencia, en una especie de "tótem" divino cuyos favores pueden obtenerse mediante invocaciones y ritos (visión mítica de la religión). No. Se trata de hacer presente a Jesús, dejando que su mensaje de donación indiscriminada resuene continuamente, cuestionando los intereses propios y poniendo en evidencia los intentos egoístas de apartar a los otros de nuestro lado.

Todos podemos recordar experiencias propias en las que el recuerdo-presencia de Jesús nos pone en evidencia, porque lo que estamos sintiendo-haciendo no se ajusta, desde luego, a su mensaje, al camino que decimos seguir como cristianos. Entonces «tapamos la boca» a Jesús, lo apartamos de nuestro consciente, lo olvidamos, y nos solemos decir: «es que hacer siempre lo que Jesús propone es imposible, hay que ser héroes para ello». Luego, pedimos perdón y a otra cosa... Esto es tener a Jesús dormido en la popa.

Y esto es lo que les pasaba a las primeras Iglesias de la comunidad de Marcos. Habían olvidado al Jesús caminante, donador esforzado y sufriente, en el pasado. A ese Jesús que les enseñó con su ejemplo a no huir de las pruebas sino a asumirlas y pasarlas; y no lo sienten vivo (despierto) en ellos. ¿Por qué? Porque no quieren pasar pruebas, no quieren pagar precios. Pero tal actitud no impide que las pruebas lleguen. La realidad se impone y los discípulos, impotentes y fracasados en su pretensión de una iglesia sin riesgos, no tienen más remedio que «despertar» al «Maestro». **Despertar** al Maestro implica acoger-asumir en la vida propia todo lo que ese Jesús del servicio-entrega fue, pasó y vivió, y estar dispuesto a pasar por lo mismo que él pasó, sin pretender huir mágicamente de las pruebas.

Ese es Jesús de Nazaret y ese es el Cristo. Ese es Jesucristo. Porque no hay dos Jesús sino uno: el resucitado es «ese» Jesús de la cruz. El gesto de «despertarle» es, pues, traer a mi vida a ese Jesús completo, es dejar de considerarle como alguien del pasado; y querer que esté presente en mi vida presente, es invitarle a mi ser para que me ayude a vivir mi difícil vida como él vivió la suya.

La pregunta de los discípulos «¿no te importa que perezcamos?» (que es la que nosotros formulamos muchas veces) expresa la desesperación-frustración y el reproche de los que se ven impotentes ante la adversidad. Esta pregunta es propia de los que tienen a Jesús como un fetiche mágico solucionador de problemas y se quedan frustrados cuando llega la adversidad y les golpea la calamidad que temían. Pero, a pesar de sus errores, esos discípulos no están solos. Jesús sigue "estando con ellos", es incapaz de abandonarles.

El mar en la Sagrada Escritura es la sede de los monstruos marinos, símbolo de las dificultades de la vida que debemos afrontar, y el viento que lo agita es nuestro propio miedo a pasar la prueba; ese miedo que paraliza y nos postra impidiendo darnos arriesgadamente para seguir a Jesús. Jesús es capaz de hacer callar ese miedo. Pero eso lo hace el Jesús despierto en nuestras vidas.

Con ese Jesús a tu lado —parece decir Marcos— podrás seguir navegando, podrás caminar. No esperes de él que te evite lo que él no evitó en su propio camino, porque la fe no implica que desaparezcan mágicamente las pruebas.

Pese a todo esto, al final los de la barca «se llenaron de gran temor». El miedo persiste en ellos. Siguen sin fiarse de Jesús. Esta es una constante del evangelio en que son llamados por Jesús "ciegos". ¿Quién es este?, se preguntan los discípulos...Es decir, ¿quién puede explicar la paradoja de que Jesús de Nazaret sea paradigma o modelo para vivir, con todo lo que le tocó sufrir y morir?. Esta es la pregunta que nos lanza el evangelio y reflexionemos sobre quién es Jesús para mí y si lo tengo dormido en la popa.